

CAPÍTULO II

COSMOPOLITISMO DE LA REVOLUCIÓN

§ I.—Libertad universal.

N.º 1.— Los constituyentes.

Los historiadores de la Revolución separan la época constitucional del régimen republicano. Según ellos, diríase que existe un abismo entre los hombres del 89 y los hombres del 93: ¿no es ese abismo imaginario? ¿No son los intereses de partido, las pasiones políticas lo que han establecido esta separación profunda entre la Constituyente y la Convención? Los unos quieren alejar todo recuerdo de una república cuyo corto reinado se significó con horribles excesos; los otros, para borrar esas manchas, ó al menos para disimularlas, exaltan los principios y las promesas del 93, colocándolas muy por encima de la inconsecuente transacción del 89. Nos parece que esto es dar demasiada importancia á las formas. Las formas difieren, es cierto; pero si se penetra en el fondo de las ideas, se encuentra que los principios eran los mismos y las esperanzas idénticas. Esto es cierto en cuanto al papel exterior de la Revolución. Hay problemas de política constitucional sobre los cuales no están los montañeses conformes con los constituyentes; pero cuando hablan á Europa, el

lenguaje y las ideas se parecen hasta el punto que se cree oír á los mismos hombres. ¿No es esa una prueba de la misión providencial de la Revolución? Pedirle una organización definitiva de la humanidad es exigir demasiado: era preciso, ante todo, destruir lo pasado, nivelarlo todo. Empresa gigantesca, cuando se piensa que Europa entera estaba aún enredada en los lazos de la antigua monarquía y de la antigua religión.

Hay una admirable unidad de esfuerzos en la guerra hecha al antiguo orden social. Todos los hombres de la Revolución sienten que no se trata únicamente de Francia, sino de los destinos del género humano. Todos están convencidos de que la Revolución inaugura una era nueva para la humanidad, aunque no se dan cuenta muy clara de lo que será esta nueva era. Es una aspiración de emancipación, de libertad universal. Asistamos á las primeras manifestaciones de las esperanzas infinitas que agitaban las almas. No hay en la historia momento más hermoso. Se coloca tan alto el ideal, que las decepciones eran inevitables. Pero

las reacciones pasan y la libertad renacerá más fuerte, porque habrá sufrido; los sufrimientos fortifican los hombres y las ideas.

I

Apenas convocados los estados generales, se enciende el entusiasmo. ¡Cosa notable! Un sacerdote católico fué quien anunció los grandes destinos de la Revolución. En visperas del 89, el abate Fauchet publicó una obra sobre la *Religión nacional*, que termina por un discurso al rey y á los estados generales: "El momento de la regeneración, dice, ha llegado... En los consejos que rigen el universo, *sois los ministros de la Providencia para la primera instalación de los hombres en el verdadero plan del orden social... Augustos moderadores de los destinos del mundo*, llenad ese gran ministerio de la felicidad universal. ¡Cuántos viles intereses dividen á los ordenadores de la primera de las naciones, á los árbitros de la concordia del género humano!," Esas aspiraciones son muy vagas y mezcladas con verdaderos delirios. El abate demócrata fundaba la generación de la humanidad en el catolicismo volviendo á tomar por base la democracia: "La *catolicidad perfecta* de Francia, esta catolicidad pura que no es más que la *completa fraternidad*, preparará *la de las naciones*, y hará reinar, en fin, en el *género humano regenerado*, la moral del amor y la paz de la felicidad," (1).

Esperar del catolicismo la regeneración de la humanidad era una extraña ilusión. La Iglesia iba á dar un cruel mentís á esas esperanzas, haciendo una guerra á muerte á los principios del 89. Es cierto que el abate Fauchet pedía también la regeneración del catolicismo; pero esa era una nueva imposibilidad: ¿cómo había de transformarse una Iglesia inmutable y que se pretende infalible? No insistiremos en estas inconsecuencias. La Revolución es más una profecía de los destinos futuros de la humanidad que la fórmula de una era nueva. ¿Y ven los profetas de una manera clara y precisa lo que sucede? Aunque animados de un espíritu divino, son hombres, y no pueden despojarse de sus preocupaciones y de sus errores. Pero los hombres y las ideas van muy aprisa en tiempos de revolución. Ha

pasado un año. Estamos en 1790. Una sociedad se funda en París, bajo el nombre de *Círculo social*. ¡Cosa inaudita! Los católicos, hasta los sacerdotes, daban en él la mano á los francmasones. El *Círculo* se proponía, como fin, operar la confederación universal de los amigos de la verdad. Fauchet pronunció el discurso de inauguración en presencia de cuatro ó cinco mil personas. Ese discurso es notable como expresión de las ideas de la época (1).

"Un gran pensamiento nos reúne, dice el abate Fauchet: se trata de dar principio á la *confederación de los hombres*, de aproximar unas á otras las verdades útiles, de ligarlas en un *sistema universal*, de hacerlas entrar en el *gobierno de las naciones*, y de trabajar, en un *concierto general del espíritu humano*, para componer la *felicidad del mundo*." Tales eran las aspiraciones infinitas de los hombres del 89. Ciertamente no las animaba un patriotismo galo; apenas puede decirse que pensaban en Francia, sino para darla la iniciativa del movimiento que iba á regenerar al mundo. Por primera vez, desde que existen sociedades políticas, una nación se preocupa de los destinos y de la felicidad de las demás. ¿Cuál era en el 89 el espíritu de todos los legisladores? Fauchet responde que en todas partes los pueblos se han encerrado en sus límites, como en los muros de una fortaleza ó de una prisión: "Las leyes han olvidado la amistad que une á los hombres, para no ocuparse más que de la discordia que los divide. Ninguna ha tomado aún como base social que el hombre es un ser amante; todas han supuesto, por el contrario, que el hombre es egoísta y adversario de sus semejantes. Por consiguiente, no se han ocupado más que de separar los pueblos y de aislarlos... Después de haber colocado así aparte á todos esos animales supuestos feroces, han dicho: las demás naciones os son extranjeras, estad siempre dispuestos á considerarlas como enemigas." ¿Qué resulta de esta bella política? "Que el universo entero está en un estado continuo de guerra; dentro de los imperios, cada hombre contra el otro, y fuera, cada nación contra todas."

El abate Fauchet tiene razón en censurar esta política de odio y de guerra. Tiene razón en llamar

(1) FAUCHET (el abate), *la Religión nacional* (París, 1789), página 289.

(1) Se halla en la *Historia parlamentaria de la Revolución francesa* de BUCHET y ROUX, t. VII, p. 449.

á los hombres á la unión; se admirarán algún día de haberse odiado durante tantos siglos y de haberse destrozado como fieras. Pero ¿cómo unir á los pueblos, cuando los dividen las leyes y los falsos intereses que han creado? Una religión de amor constituirá el vínculo universal del género humano. El abate revolucionario encuentra esta religión en el Evangelio: "No hablo como sacerdote, exclama, hablo como hombre. El Evangelio lo atribuye todo al amor, y diviniza este sentimiento reduciéndolo á la igualdad, á la unidad entre Dios y toda la familia humana sin excepción.", A Fauchet no se le oculta que los teólogos han levantado sobre esta base de unión y de amor un edificio de odio y de discordia. Repudia su herencia, y manifiesta hacia la teología la misma aversión que los filósofos. El abate del 89 acusa á los hombres de Iglesia de ser los déspotas de las conciencias, los fautores de los tiranos y los botafuegos de las naciones: ellos son, dice, los que han falseado el Evangelio y han impedido conquiste el universo.

No tomaremos la defensa de los teólogos. El cristianismo tradicional no responde en nada al ideal que se había forjado el abate Fauchet de la doctrina evangélica. Ha venido á ser el principio de la más funesta división, la que separa á los hombres en creyentes y no creyentes, en elegidos y condenados. La fe corrompe la caridad; ahora bien, la fe es la que constituye la esencia de la religión cristiana más bien que la caridad. Rechazando la fe, que divide, y ensalzando la caridad, que une, los hombres del 89 inauguraban una nueva religión: "No puede haber más que una religión verdadera, dice nuestro abate, aquella que dice á los hombres: Amaos los unos á los otros.", El orador predica la unidad por medio del amor, y exclama: "¡Encantadora unidad! Apodérate de nuestras almas, vivifica nuestros corazones, diviniza nuestras voluntades. Marchemos juntos á la felicidad, seduzcamos á todos los pueblos con un invencible atractivo, y conquistemos al universo para hacerle feliz."

¿Es este ideal el de la Iglesia? Quiere la unidad, pero la busca á la manera de la Roma pagana; si tiene interés en unir á los pueblos, pero es para dominarlos. Por esto, como dice Fauchet, fracasó. Los hombres del 89 tuvieron razón en repudiar una religión que había encendido las hogueras. Se inspiraron en una fuente más pura, más generosa, en la humanidad del siglo XVIII. Esta era

la religión de los filósofos, y fué también la religión de la Revolución. Esto explica el ardor del cosmopolitismo revolucionario, que tuvo la fuerza de una propaganda religiosa, porque era realmente una religión. El cristianismo tiene también, en el más alto grado, el celo del proselitismo; pero los heroicos esfuerzos de la caridad están neutralizados por la mezquindad de la fe. La propaganda revolucionaria será más poderosa, porque su fe se confunde con la caridad.

II

Entremos en el mundo político, y encontraremos en él las mismas tendencias. Lafayette fué quien propuso la escarapela tricolor para la guardia nacional de París. Al presentar en el *hôtel de ville* el proyecto de organización, dijo: "Os traigo una escarapela que dará la vuelta al mundo," (1). No pensaba Lafayette en la conquista al pronunciar esas palabras: en el 90, los tres colores eran el simbolo de la libertad y no de la guerra; la libertad, los principios del 89 eran los que, según creencia de los constituyentes, debían extenderse por toda la tierra. Tal era la convicción general. Acabamos de oír á un hombre de sentimiento. Hé aquí ahora un espíritu político y uno de los más firmes, lo cual no impide á Mirabeau tener su entusiasmo. Los aristócratas repudiaban los tres colores; no los querían para la marina, en donde dominaba la nobleza. Entonces el gran orador exclamó: "Vuestra loca presunción se engañará; serán vanos vuestros siniestros presagios y vuestros alaridos blasfemos. Los colores nacionales bogarán en todos los mares, obtendrán el respeto de todos los países, no como signo de los combates y de la victoria, sino como el de la Santa confraternidad de los amigos de la libertad en toda la tierra y como el terror de los conspiradores y de los tiranos," (2).

La Revolución tenía enemigos en todos los tronos, pero contaba también con amigos en todas partes donde había un hombre que amase la libertad. En honor de la filosofía, hay que decir que los librepensadores fueron los que inauguraron la santa alianza de los pueblos. Condorcet escribió á Priestley: "Se forma actualmente en Europa una

(1) LAFAYETTE, *Memorias*, t. IV, p. 32.
(2) *Monitor* de 22 de Octubre de 1790.

liga contra la libertad general del género humano; pero desde hace mucho tiempo se forma otra que se ocupa en propagar y defender esta libertad, sin más armas que la razón, y ésta debe triunfar.", ¿Cuál es esta liga? Es la de la libertad y de la verdad; los filósofos son los que la dirigen; ahora bien, la verdad es eterna y debe vencer al error, porque si no, no sería la verdad. "Los hombres de genio, dice Condorcet, sostenidos por sus discípulos, contrapesados con la turba de los intrigantes corrompidos, instrumentos ó cómplices de los tiranos, deben triunfar de éstos. Ese hermoso día de la libertad universal brillará para nuestros descendientes, pero á lo menos habremos visto su aurora, habremos saboreado la esperanza de él," (1).

Esa es la idea de esa santa confraternidad de los librepensadores, cualquiera que sea la nación á que pertenezcan, que inspiró á la Asamblea legislativa uno de sus más bellos decretos. Algunos habitantes de París vinieron á pedir el título de ciudadano francés en favor de los extranjeros que con sus escritos habían defendido la causa de la libertad. El presidente de la Asamblea, al contestar á los peticionarios, estableció un paralelo entre la política del poder real y la de la Revolución: "La orgullosa beneficencia de Luis XIV iba á buscar aduladores en los sabios de las cortes extranjeras, y les pagaba el incienso que de ellos recibía con la sangre y el sudor del pueblo. La Francia libre está satisfecha con asociar á su gloria los hombres que se han atrevido á hablar el lenguaje de la libertad y de la igualdad en medio de sus conciudadanos esclavos, y les declara su aprecio diciéndoles: *Sois ciudadanos franceses.*" Esta proposición fué aplaudida vivamente: "Los filósofos de París, dice un orador, piden la naturalización de los filósofos extranjeros, para inaugurar la emancipación general de las naciones. Esto será como el preludio de la gran catástrofe que debe ofrecernos el espectáculo de un mundo libre y de un universo sin trono...", La proposición de los ciudadanos de París respondía tan bien á los deseos de la Asamblea, que Vergniaud pidió que fuese votada sin discusión: "Entre las leyes que habéis dado, dice, tal vez no haya otra más capaz de transmitir á la Europa la gloria de esta Asamblea

que el decreto por el cual aceptaréis inmediata y unánimemente la petición que se os acaba de hacer. ¡Y sin embargo, se pide que se envíe á una comisión extraordinaria! Como si pudiésemos compensar con dar, con ofrecer más bien el título de ciudadanos franceses á hombres que quieren la libertad del mundo... ¿Qué medio más seguro y más eficaz de asegurar la libertad francesa que asociar á vuestros peligros los filósofos de las naciones extranjeras que han tomado su defensa?", La proposición halló alguna contradicción en el espíritu exclusivo del antiguo patriotismo; entonces el fogoso Chabot exclamó: "Cuando habéis querido ser libres, habéis jurado la libertad de todo el globo; habéis querido, pues, liberrar al género humano todo entero.", El decreto fué votado por unanimidad (1).

Las asambleas nacionales eran el órgano fiel del espíritu que animaba á Francia en el siglo XVIII. Se desdeñan hoy las generosas ideas del 91; algunos pigmeos, que se creen grandes porque se han echado á la espalda á los gigantes del 89, dan la lección á los hombres que escribieron la *Declaración de los derechos*. Y ¿qué importa que la Asamblea constituyente se haya equivocado estableciendo una cámara única? ¿Qué importa que se haya equivocado debilitando al exceso el poder real? Esos errores, si error hay, no impiden que la obra de los constituyentes sea inmortal. Nuestros políticos sonrien compasivamente cuando leen en el *Monitor* de 1791 que el club del Circulo social publicó una edición poliglota de la Constitución francesa, "como la obra inmortal de la razón humana, destinada como tal á todo el género humano," (2). Tal era, en efecto, la esperanza confesada de los legisladores franceses (3). ¿Es eso vanidad gala? ¿Qué importa se hayan mezclado pequeñas pasiones con los grandes pensamientos? Siempre resultará que la inspiración era verdad. Sí, la Asamblea nacional trabajó para la humanidad, aunque la Constitución del 91 no haya durado más que un año. Las formas pasajeras desaparecen; los principios de eterna verdad proclamados en el 89 quedarán. Y, como profetizaron Lafayette y Mirabeau,

(1) *Monitor* de 26 de Agosto de 1792.
(2) *Monitor* de 10 de Octubre de 1792.
(3) El abate Andrieux, diputado de la Asamblea legislativa, dice que el código del pueblo francés será *infaliblemente* el código del género humano (*Monitor* de 9 de Octubre de 1791).

(1) *Carta de Condorcet á Priestley*, de 30 de Julio de 1791 (*Monitor* de 5 de Agosto de 1791).

darán la vuelta al globo. Ya la predicción se ha realizado. Si la Europa continental goza de alguna libertad, ¿no es a la Francia a quien la debe? ¿No vivimos del pan de vida distribuido en el 89?

III

La Asamblea legislativa alimentaba una ambición igualmente vasta. Estaba llamada a dar leyes nuevas a la Francia libre, y se esperaba, mejor dicho, se estaba convencido que sus decretos aprovecharían a todo el género humano. En el mes de Octubre de 1791, el abate Gregorio redactó un memorial a la Asamblea, en nombre de los jacobinos, que en esta época eran aún los *amigos de la Constitución*. Es un testimonio notable de la opinión pública. Se esperaba una coalición general de la Europa monárquica contra la Revolución: "Cien mil esclavos, se dice, deben descender del Norte para tocar entre nosotros el somatén de la muerte... Esta es la guerra de los reyes contra las naciones, de los opresores contra los oprimidos: los déspotas saben que un pueblo ocupado en el exterior no puede hacer revoluciones dentro, y que, si no se ahoga la nuestra, va a recorrer rápidamente la tierra... Los tiranos han de temer más a la declaración de los derechos que nosotros a sus balas de cañón. Decid a los pueblos que habiendo renunciado al bandolerismo de las conquistas, haréis causa común con todas las naciones resueltas a sacudir el yugo, para no depender más que de ellas mismas... El impulso está dado... Parece que los tiempos han llegado; el volcán de la libertad va a estallar y a operar la resurrección política del globo. *Trabajáis, pues, para la familia del género humano; a medida que barráis esa hojarasca de las leyes antiguas, cuya barbarie es inalienable con nuestras costumbres; a medida que el arte social perfeccione nuestras leyes, éstas serán la propiedad del mundo entero. ¡Ojalá el genio de la libertad pueda abrazar muy pronto la universalidad de las regiones, hacer sentar la paz al lado de las virtudes, y por los vínculos de una santa fraternidad, uniendo a todos los hombres, apresurar el momento en que ya no haya pueblos extranjeros!*" (1).

El antiguo mundo no comprendía nada del entusiasmo revolucionario, calificándolo de locura.

(1) *Monitor* de 4 de Octubre de 1791.

En el momento en que la Asamblea nacional discutía la Constitución, había en París un embajador de la república de Venecia. Los italianos han sido siempre políticos hábiles; el enviado veneciano vió muy claro lo que había de defectuoso en el código del 91; pero lo que le sorprendía principalmente era que la Constituyente se creía la legisladora del mundo entero: "Eso es el delirio, exclamaba" (1). Tal era la opinión de todos los sabios de Europa. Cuando Jesucristo y sus apóstoles predicaban el reino de Dios, el viejo mundo también dijo que era locura, y en cierto sentido, el Cristo y sus discípulos merecían ese desdén. ¿No anunciaban que el fin de las cosas era inminente? ¿Y no eran desmentidas sus predicciones a cada minuto que pasaba sin que nuevos cielos viniesen a reemplazar a los antiguos? Sin embargo, el Cristo y sus discípulos tenían razón. El antiguo mundo estaba realmente moribundo, y Jesucristo inauguraba una era nueva. No comprendía o comprendía mal lo que debía ser esta época mesiánica; pero Dios, que le había enviado, comprendía, y lo que Él ha querido se ha realizado. Un nuevo mundo se ha formado; se le llama la era cristiana, a pesar de que los primeros cristianos hayan dado un sentido diferente a la predicación de la *buena nueva*. Lo mismo sucede con el Evangelio del 89. No se ha realizado como esperaban los primeros revolucionarios. Sin embargo, se ha realizado; las antiguas ideas se han transformado y han abierto paso a la libertad y a la igualdad.

El antiguo mundo descansaba en la división hostil de las naciones. Esta hostilidad parecía tan natural, tan fatal, que los políticos la habían elevado a la altura de una teoría. De ahí resultaba que el patriotismo era un sentimiento exclusivista, rencoroso; para amar a su patria era preciso odiar al género humano. Hemos oído a los filósofos del siglo XVIII censurar ese pretendido amor que no respiraba más que odio. Sus sentimientos son también los de los revolucionarios. En 1791, Brissot escribía: "El espíritu nacional conduce directamente al egoísmo y a la esclavitud. La patria de un verdadero filósofo es el universo" (2). Esto era traspasar los límites; porque, tomada esta máxima

(1) Informe hecho por el enviado veneciano al Senado, el 2 de Diciembre de 1790 (DARU, *Historia de la república de Venecia*, t. VIII, p. 17, lib. XXXVI).

(2) *El Patriota* de Brissot, de 4 de Octubre de 1791.

al pie de la letra, destruiría la patria; mas lo que era preciso destruir era, no la idea de la patria, sino el patriotismo antiguo. Tal era la idea que inspiraba la Revolución. Hemos citado el decreto de la Asamblea legislativa que concedió el título de ciudadano francés a filósofos extranjeros. Tomás Payne era de este número. Elegido miembro de la Convención nacional, escribió al pueblo francés: "Siento aumentar mi *felicidad*, viendo romper las *barreras* que limitaban el *patriotismo* y lo circunscribían a *ciertas partes de la tierra*, atribuyendo al suelo, como una vegetación, el título de ciudadano" (1).

Las ideas nuevas penetraban en la conciencia general, mejor dicho, eran su expresión; los filósofos las habían difundido en el mundo de las letras. Citaremos un testimonio interesante. Se lee en el *Diccionario de la Constitución y del gobierno francés*, obra destinada a la generalidad del público, la definición siguiente del *patriotismo*: "Por mucho tiempo no fué el patriotismo sino una adhesión ciega al país en que se había nacido, un sentimiento exclusivo al cual inmolaban todos los pueblos todo lo que no era él; de ahí esos odios que dividieron las naciones, esas guerras por medio de las cuales se destruyeron unas a otras... El patriotismo era el que no hace mucho decía a un Francés enseñándole un Inglés, a un Inglés enseñándole un Francés: Hé ahí tu enemigo, el interés de tu patria te manda odiarle. En nombre del patriotismo vemos aún a los pueblos de Europa arrojarse ciegame uno sobre otros, para conseguir el execrable honor de elevar su poder, ó más bien el de los déspotas que los dominan, sobre el de las naciones que hubiesen sometido ó arruinado... Pero nosotros, que acabamos de asentar nuestra gloria en el respeto de los derechos individuales de los hombres y de las naciones, no iremos ya a buscar en su ruina ó en su humillación los medios de nuestra elevación; no podemos ver ya en la esclavitud de los demás pueblos el origen de ninguna verdadera grandeza. El patriotismo no es ya para nosotros el odio a los hombres que no han nacido nuestros compatriotas, les hemos jurado la paz; no es ya un amor exclusivo al rincón de la tierra que nos ha visto nacer... El patriotismo que se ma-

(1) THOMAS PAYNE, *Carta al pueblo francés* (Colección de discursos escritos de Thomas Payne, p. 328).

nifiesta con la violación de los derechos sagrados de la humanidad y de la justicia, respecto a los demás pueblos, no es una virtud, es un detestable error al cual están aún entregadas casi todas las naciones. Cuando las leyes inmutables de la naturaleza sean el fundamento de la constitución de todos los pueblos, entonces serán libres, entonces los hombres no tendrán más que una sola patria, la tierra entera; entonces el patriotismo (esta palabra será desconocida) no será otra cosa más que el amor general de la humanidad" (1).

Hay exageración en ese cosmopolitismo. No, la palabra patriotismo no desaparecerá de la lengua, como tampoco la idea de patria se borrará jamás. No, el hombre no elige su patria, es Dios quien se la da, y por esto mismo le impone deberes particulares hacia la sociedad en medio de la cual le coloca. Pero por su exceso mismo, el cosmopolitismo revolucionario prueba en favor de la revolución. En las primeras aspiraciones de esta grande época no había nada que no fuese generoso, desinteresado. La Francia creía sinceramente trabajar en la felicidad de la humanidad regenerando su constitución. Los hombres prácticos lo calificarán de quijotismo; ¿qué importa? Aceptamos la sátira como un elogio. El héroe de Cervantes es un idealista, un utopista si se quiere, y los pobres utopistas, cuando tienen la ambición de poner su ideal por obra, pasan necesariamente por locos, porque se estrellan contra invencibles obstáculos. ¡Pero paciencia! Dejad pasar algunos siglos; la utopía habrá tomado cuerpo en la sociedad. No nos apuremos, pues, por el como de lo que es posible. Tratemos de hallar la verdad; el porvenir la pertenece. ¡El que nos la ha revelado sabrá muy bien hacerla triunfar!

N.º 2.—Los republicanos.

I

La Revolución inaugura la solidaridad de los pueblos. ¿Qué tienen que ver los reyes en esta santa alianza? Los revolucionarios del 89 no habían conservado la monarquía sino por una especie de respeto tradicional; tres años más tarde

(1) *Diccionario de la Constitución y del gobierno francés*, en la palabra *patriotismo* (*Monitor* de 29 de Diciembre de 1791).